

LA MEDICINA Y LOS MÉDICOS ESPAÑOLES

por el
DR. MARIANO
GÓMEZ ULLA

ES, por desgracia, un hecho, de todos bien conocido, el de que, sistemáticamente, en cualquiera de las ramas del frondoso árbol de la Ciencia, sólo escasos hombres del extranjero hayan tenido en cuenta lo que nuestro país ha aportado en el transcurso del tiempo al acervo común; parece como si, sobre todo en los últimos siglos, tuvieran los que han escrito en distintos países de Europa empeño decidido en desconocernos, y es sencillamente deplorable el olvido en que, unos seguramente por ignorarnos y otros, quizá los más, por manifiesta hispanofobia y mala fe, han callado en sus obras lo mucho y bueno que han producido nuestros hombres de ciencia, que en el flujo y reflujo de la vida de la Humanidad, han sabido crear épocas de verdadero esplendor.

Por eso, pues, causa verdadera pena al médico español amante de nuestra Patria hojear las obras conocidas como clásicas en la Historia de la Medicina y ver en ellas citadas, incluso con elogios desmesurados, personalidades muy mediocres, sin encontrar ni mención siquiera de muchas de nuestras relevantes figuras médicas, que tanto hicieron por la ciencia patria; pero con ser ello lamentable, lo es más todavía el que entre nosotros mismos sean legión los que, en el vértigo de las innovaciones científicas y las orientaciones del moderno vivir, se empeñan deliberada-

mente en desconocer, y aun despreciar, tratándolo de retrógrado y trasnochado, cuanto nos enseñaron los que fueron grandes maestros, sin pensar en que, como dijo muy bien Comenge, «la noción completa del Arte (de la Medicina) no puede alcanzarse sin el exacto conocimiento de su evolución a través de las centurias y de las naciones».

Ya la Medicina romana debió a un español su dignificación y enaltecimiento; el pueblo romano no quería a los médicos; a su especial idiosincracia repugnaba el ejercicio de esta profesión, y los griegos, que en Roma, desde Archagatos, ejercieron la Medicina, se encontraban en inferioridad manifiesta, no sólo por ser extranjeros, sino más aún por carecer de los derechos de ciudadanía; fué preciso que un liberto tarraconense, el célebre Antonio Musa, se encargase del tratamiento de la enfermedad que de su expedición guerrera a Vizcaya traía el Emperador Augusto y que le curase con «los refrescos y la lechuga», para que el regio paciente, como muestra de su agradecimiento, regalase a Musa el anillo y el bastón de caballero romano, atributo que poco más tarde hizo extensivo el Senado a los médicos de Roma, elevándolos a la categoría de «equites».

Hundido el Imperio, tanto por el crecer de sus vicios y olvido de sus tradicionales virtudes como por el empuje de las jóvenes y bárbaras tribus norteañas, que, obligadas por la necesidad y enardecidas por su instinto bélico, dieron al traste con el carcomido trono de los Césares, las ciencias, y con ellas la Medicina, huyendo del furor y de la incomprensión de los invasores, viéronse obligadas a cobijarse al resguardo de los muros de los conventos, y en éstos se conservó durante aquella «edad sombría» lo poco que quedaba entonces de la que fué pujante y robusta Medicina de la Roma imperial; la profesión médica, que sólo algunos pocos laicos judíos o hispanorromanos, es decir, proscritos y vencidos, se atrevieron a ejercer, afrontando con un valor desmesurado las bárbaras y crueles disposiciones del Fuero Juzgo, cayó otra vez en manos del fraile y del sacerdote, y los juiciosos preceptos

de Celso, de Erasistrato, de Celio Aureliano y de Galeno, se vieron pronto oscurecidos y desvirtuados por absurdas prácticas de magia, milagrería y sortilegio, en aquellos tiempos en que, por lo general, bastaba que un eclesiástico alcanzase a salmodiar el canto llano para ser tenido por un sabio; sin embargo, algo debió quedar en nuestra España de aquel antiguo saber, por cuanto se tiene noticia cierta de la cesárea en madre viva y feto muerto que practicó en Mérida el año 250 el Obispo Paulo, que había sido médico antes de recibir las órdenes sacerdotales, como refiere el padre Flores en su «España Sagrada».

Tras los visigodos, barridos de nuestro suelo patrio por los árabes, fanatizados por el profeta Mahomed, y pasados los primeros siglos de la dominación sarracena, cuando los invasores se vieron libres de la fiebre de la conquista, comenzó, allá por el siglo x, el floreciente período de la cultura hispanoarábiga; los árabes españoles se dieron con ardor al estudio de la Medicina; tradujeron cuantos libros griegos hubieron a mano, sobre todo los de Galeno, aunque descuidaron los autores latinos, desconociendo las obras de Celso y de Celio Aureliano, y si bien no alcanzaron a promover grandes progresos fundamentales en nuestra Ciencia por la aversión impuesta por El Corán hacia todo lo que se relacionase con las inspecciones cadavéricas, enriquecieron la patología con varias descripciones de enfermedades todavía no conocidas, entre ellas algunas eruptivas, y dieron gran impulso a la Terapéutica y a la Farmacia.

De las célebres escuelas de Toledo, Sevilla, Murcia y Córdoba, a las que, ávidos de saber, concurrían hombres de todo el Occidente, salieron médicos eminentísimos, honra de nuestra Medicina, y los nombres de Monain, Ben Isac, Avicena, *el Cordobés*; Avenzoar, que, según Freind, fué el médico más eminente después de Galeno; Albucasis, el «chirurgis inter árabes princeps», que habla claramente, como el anterior, de la ligadura de los vasos —«aut ligentr cum filo ligatione forte»—, y tantos otros, llenan, como verdaderos astros de radiante luz, toda esta época de

la Medicina galenoarábiga, que tanta influencia había luego de ejercer en el mundo occidental.

Junto a la Medicina de los árabes, o, mejor dicho, formando un verdadero conglomerado con ella, se desarrolló en la España de aquellos siglos la Medicina judía, que fué la primera que creó escuelas en Córdoba y Lucena y que, en sus alternativas de esplendor y decadencia, motivadas por las persecuciones que periódicamente perturbaban la vida colectiva de la Raza, dió a nuestra Patria hombres eminentes por su erudición y saber de nuestro Arte: Izchaq, el médico de Alfonso VII, que escribió en castellano su tratado de las fiebres; Samuel ben Yehuda, el Yaye de los árabes, que es, según el malogrado Fidel Fernández, el más antiguo cultivador del género sicalíptico o pornográfico; Rabí Yuna, Ben Samuel Charday, de Barcelona; Ramban, el gerundense; Ben Hazra, Yehuda, médico de Alfonso X; Ben Zarsal, médico de Pedro, *el Cruel*, etc.; y sobre todos ellos el gran Maimónides, que es, sin disputa, el sabio más completo del siglo XII, el verdadero Aristóteles español.

Paralelamente a esta cultura hispanoárabe mosaico, fué desarrollándose la Medicina hispanocristiana, aunque constantemente influenciada por la Medicina mora, que tuvo siempre en la Península una supremacía indiscutible; sin embargo, al mismo tiempo que en las aljamas árabes había escuelas en los templos cristianos, como la de Vich, por ejemplo, en la cual Hatton tuvo por discípulo a Gerberto, luego Papa con el nombre de Silvestre II; a fines del siglo XII funda Alfonso VIII la Universidad de Palencia; créanse luego las de Salamanca, Valladolid, Lérida y Huesca y aparecen en los distintos reinos cristianos de la Península lumbreras médicas tales, Arnaldo de Vilanova, Ramón Llul, Teodorico, *el Catalán*, que los autores confunden con su homónimo el Obispo de Cervia, Pedro Ros; Juan de Valencia, Pedro Hispano, luego Papa Juan XXI, y otros más, a los que tanto debe nuestra Medicina.

Siguieron los médicos judíos mereciendo la confianza de pue-

blos y señores, a tal extremo, que, hasta pasado el siglo XIV, a pesar de las graves prohibiciones de los Papas, prelados y concilios contra el ejercicio de la profesión por los israelitas, cuidaron éstos de la salud de muchos magnates, recibieron la protección de los reyes, que premiaron con mercedes y exenciones sus servicios, y hasta los mismos Papas les confiaron la vigilancia de su salud; por ello pasaron a la historia los nombres de Avernardut, Aven Forna, Amelich, Isaac Cabrit, médico del Patriarca de Jerusalén; Crexcúas, que operó las cataratas de Juan II; Bonposch, etc., etcétera.

Aunque ya desde el siglo XI se procuraron corregir las instrucciones en el ejercicio de la Medicina, y cada reino peninsular tenía sus instituciones especiales que cuidaban de sujetar a todos los aspirantes a ejercer la profesión a una forma de examen para comprobar su competencia, fué Don Juan I el que creó los cargos de examinadores, que llamó alcaldes, medida que reitera en pleno siglo XVI Juan II, nombrando a Alfonso Chirino Alcalde y Examinador Mayor de los Físicos y Cirujanos de su reino; al lado de Chirino, y como figuras médicas notables de la época, aparecen Maestro Bernardo, Guillermo Aventurer, Diego del Cobo, que escribió la «Cirugía Rimada»; Juan Aviñón, Mosén Jaime Roig, médico de la reina Doña María de Castilla, esposa de Alfonso V de Aragón, y figura eminente de la poesía valenciana; el portugués Valesco de Taranta, que escribió el primer libro de Medicina que se imprimió en España —*Epidemia y peste*—, traducido del latín al castellano por Juan Villa —Barcelona, 1475—; y el célebre Fernán Gómez, de Ciudad Real, médico y cronista de Juan II, favorito de Don Alvaro de Luna y autor del notable «Centón», colección de cartas, escritas con genio festivo y gran pureza de estilo, que constituyen un modelo de buen gusto en este género epistolar.

A fines de este siglo, realizada ya la unidad nacional, los Reyes Católicos, generalizando las leyes y costumbres destinadas a combatir el intrusismo, crean el Tribunal del Protomedicato, que

constituye, no una simple recopilación de aquellas disposiciones, sino una institución con amplios poderes, que, andando el tiempo, sufrió numerosas y variadas vicisitudes; la Medicina, influenciada por los aires renovadores del Renacimiento, avanza poco a poco por la senda del progreso, y en los escritos de los médicos de la época se aprecian ya una mayor originalidad y una manifiesta predilección por el aspecto clínico; Jerónimo Torrella, físico de Cámara de Fernando el Católico, escribe varias obras de Medicina, Filosofía, Astrología y Poesía; su hermano Gaspar, médico insigne, matemático y literato, publica, impresa en Roma, la primera obra de autor español que trata de la sífilis; el licenciado López de Villalobos se revela como escritor notabilísimo, que merece que Campmany lo coloque «en el catálogo de los buenos escritores en prosa de la tercera edad de la lengua castellana», y nos deja su romance trovado sobre «Las pestíferas bubas»; Pedro Pintor, influenciado también por el problema, candente entonces, como ahora, de la lúes, escribe una erudita obra sobre esta enfermedad, además de varias obras poéticas, entre ellas una traducción de Ero y Leandro; Alvarez Chanca, médico de Colón, a quien acompañó en su segundo viaje, y, finalmente, entre los otros varios que podríamos citar, recordaremos a Pedro Benedicto Mateo, que escribió en Barcelona en 1497 la primera Farmacopea legal que se conoce; todas estas obras y otras, difundidas por el entonces reciente descubrimiento de la imprenta, constituyeron uno de los principales factores del esplendor de nuestra Medicina patria.

A mediados del siglo xvi comienza nuestro siglo de Oro; el engrandecimiento de la España Imperial, con sus prodigiosas creaciones artísticas, literarias y filosóficas, convierte a nuestro país en el emporio del saber y de la ilustración de la Europa de entonces, y el incontenible impulso de nuestras armas lleva a las naciones, que nos miran con asombro el brillo de nuestras obras y la autorizada voz de nuestros maestros; cierto que nuestra Medicina no alcanza igual nivel de esplendor que el literario y el artístico; pero aun así, se destaca con vigoroso trazo en la Historia la obra de nues-

tros humanistas, de nuestros médicos y de nuestros cirujanos; Gómez Pereira, filósofo y médico que figura dignamente al lado de Bacon y de Descartes, y que fué el primero en rebelarse contra Aristóteles y Galeno; Luis Mercado, del cual dice Jourdan que fué el médico más célebre del siglo xvi; Vallés, *el Divino*, tan ilustre médico como filósofo insigne; Sánchez; Andrés Laguna, médico, filósofo y diplomático, que fué el primero que describió la válvula ileocecal; el desgraciado Servet, que describió la circulación menor; Lobera de Avila, Caldera de Heredia, Porcel, el célebre discípulo de Aderete, que fué el primero que se atrevió a autopsiar los cadáveres de los pestosos; Luis de Toro, que describió como nadie el tabardillo, como entonces se llamaba al tifus exantemático; los anatómicos Valverde de Amusco, Rodríguez de Guevara, Montaña de Montserrat, Luis Collado, Pedro Jimeno, que difundieron y vulgarizaron las enseñanzas del gran Vesalio, por entonces refugiado en España, y muchos más que supieron poner muy alto el pabellón de nuestra Medicina patria.

No quedaron rezagados, ni muchísimo menos, nuestros cirujanos, pues si hay que reconocer que no tuvimos un genio comparable al gran Ambrosio Paré, en cambio es notorio el hecho de que nuestra Cirugía de la época no era influida, como sucedía en otros países, por los extranjeros, y que, lejos de limitarse a aceptar y recoger los trabajos de éstos, seguía con independencia su camino, aportando notables adelantos y enriqueciendo la teoría y la práctica con nuevas teorías y métodos originales; así se encuentran en este Siglo de Oro las figuras relevantes de Fragroso, que describe y practica la sutura intestinal y se nos muestra como un excelente médico legista; Arceo, que inicia en nuestro país la simplificación de la cura de las heridas, tratando de conseguirla «per primam reunionem»; Hidalgo de Agüero, llamado el Paré español, notabilísimo cirujano que inicia el tratamiento seco de las heridas y que es el primer historiador de nuestra Medicina; Andrés Alcázar; Juan Calvo, López de León y, como remate de esta pléyade de nombres

ilustres, el insigne Daza Chacón, el primero y más grande de los cirujanos militares de la España Imperial.

Finalmente, como una de nuestras más grandes glorias médicas, que se destaca entre las muchas con que cuenta España en esta época, aparece el valeroso capitán, doctísimo médico y abnegado filántropo Cristóbal Pérez de Herrera, que dedicó su vida entera a la extinción del pauperismo; excelente soldado, tomó banderas y ganó batallas en Africa, en el cabo de San Vicente y en el estrecho de Gibraltar; médico castrense, supo proteger a sus heridos espada en mano en la isla de Fayal y asistir a los atacados por la epidemia de tabardillo, que hacía estragos en Cádiz, donde atendió él sólo a más de 3.000 hombres por espacio de tres meses por haber muerto otros tres médicos que con él empezaron a combatirla; bienhechor de la humanidad y de los militares achacosos y estropeados, escribió su célebre obra «Amparo de los pobres» y fundó el Albergue de Inválidos donde hoy existe el Hospital General de Madrid; por estos hechos gloriosos le fué concedido el derecho de estampar en su blasón el célebre mote «Non armis obstant litterae», que quizá fué la única recompensa, bien menguada por cierto, que obtuvo este hombre insigne que empleó vida y fortuna en socorrer al desvalido y que con tanta ingratitud fué correspondido por los poderosos de su tiempo.

Este elevado nivel cultural de nuestra Medicina se mantuvo hasta mediados del siglo XVII, brillante siglo de los favoritos, de pintores y de poetas, pero de médicos y cirujanos, en general, menos que mediocres, que se olvidan de Hipócrates y de la Cirugía conservadora, se enzarzan en discusiones, mantenidas por meras sutilezas escolásticas, y entablan tercamente ridículas disputas sobre nimias sutilidades, en las que se insultan y deprimen de tal modo unos a otros, que llegan al extremo de retarse por medio de carteles en las esquinas de las calles y controversias galénicas y espagíricas.

Pero a pesar de esto, en menguante ya la era de esplendor de nuestra Medicina, quedan aún en esta época hombres dignos de ser recordados: Juan de Villarreal, el primero en describir el ver-

dadero croup; Gallego de la Serna, médico español de la reina de Francia Ana de Austria; Pomar, botánico eminente; Ponce de Santa Cruz, Alfonso Limón, que publicó la primera obra de Hidrología médica; Cipriano Maroja, que descubrió por casualidad las propiedades antisifilíticas del sublimado; Solano de Luque, autor de valiosos trabajos sobre el pulso; Juan de Vega, médico de los Condes de Chinchón, que introdujo en España la quina, y otros que alcanzaron notoriedad por las discusiones que entablaron y que llegaron a hacerse célebres, tales como la del doctor Casalete y su discípulo Olmedilla, sobre la sangría y las fiebres pútridas, y la de Bravo de Sobremonte, que impugnaba el empleo de la quina en el tratamiento de las intermitentes, que defendía calurosamente el médico valenciano Cabriada.

En el largo reinado de Felipe IV, el rey poeta, fueron muchos los médicos que, influenciados por el ambiente, cultivaron a la vez la ciencia de Esculapio y los laureles de Apolo y de las Musas; García Carrero, médico de Cámara, fué un buen poeta y autor dramático; Diego Cisneros, Huerta, Enrique de Villacosta, Melchor de Villena, Tamayo, Francisco Leiva, Marcos García, Vaca de Alfaro y tantos más que supieron figurar dignamente en aquella brillante corte de hombres de ingenio, poetas y literatos.

Igual que la Medicina, fué cayendo rápidamente la Cirugía; los racionales procedimientos y sencillo régimen de nuestros eminentes cirujanos del siglo anterior fueron sustituidos con la hipermedicación y la polifarmacia; entabláronse nuevamente las añejas controversias sobre el veneno de las heridas por arma de fuego y si era o no necesario dejar supurar a los tejidos lesionados, y en el afán general de discutir y sutilizar se empeñaron los cirujanos de la época en establecer diferencias entre las heridas superficiales y las profundas y entre los diversos grados de putrefacción o gangrena, disputando sobre si debía o no cauterizarse, sobre el modo de extraer los cuerpos extraños y sobre la acción de la naturaleza en la curación de las heridas; de este naufragio se salvan pocos nombres que merezcan la pena de ser recordados: Jago de Va-

dillo, Manuel Porres, etc., cuyas obras no brillan ciertamente por su originalidad.

Con el desdichado Carlos II, el monarca hechizado, feneció el siglo XVII; España, agotada por las pestes, las guerras, los pésimos gobernantes y la emigración, que, como fiel trasunto de los cuatro Jinetes del Apocalipsis, acabaron con sus energías exuberantes, cayó en el más triste estado de miseria y abatimiento, y este derrumbamiento general de la cultura, arrastró, como es lógico, lo poco que quedaba de nuestra brillante medicina de antaño. España, cuyo nombre era cien años antes respetado y temido por todo el mundo y cuyo Imperio no veía ponerse el sol, vió eclipsado su poder, abatida su preponderancia y anulada su potencialidad moral e intelectual por tantas desdichas y desaciertos, que fueron aumentando a compás del fanatismo y la superstición.

En nuestros escritores médicos influyeron grandemente estas ideas supersticiosas de la época, y así se encuentran a cada paso en sus obras el maleficio y la potestad diabólica, la magia y los exorcismos, los años climatéricos y otras absurdas y ridículas prácticas, que fueron criticadas ya por alguno de los escasísimos espíritus selectos de la época, como Juan de la Torre, médico de cámara de Carlos II y protomédico de la Armada, quien dijo «que el más terrible y fatal año climatérico es aquel en que el hombre perece, y que no es el menos fuerte climatérico un mal médico que llegue a curaros, que en viéndole entrar por vuestra puerta podéis juzgar con mucho fundamento que estáis ya en el climatérico más formidable de vuestra vida».

De los médicos de aquellos aciagos días, Zapata, Alós, que escribió sobre la circulación de la sangre; Miguel Vila, médico del rey y de su madre, Mariana de Austria, que en el conceptuoso, altisonante y enfático léxico de la época fué llamado segundo Esculapio de la Medicina; Matías de Llera, médico de Don Juan de Austria, y poquísimos más son los únicos que merecen los honores del recuerdo.

Y llegamos al siglo XVIII, en cuyos comienzos es, si cabe, aún

más lamentable el cuadro que nos presenta la Medicina regnicola; con razón dice Giné que «en esta época de universal movimiento, cuando todo se agita bajo el mágico influjo del libre examen y de la Filosofía experimental, sólo España permanece retraída o, mejor, paralizada en este progreso». La profesión médica, rutinaria, farragosa, sin prestigio, abrumada por los errores y los vicios y con más argucias retóricas que conocimientos anatomopatológicos y clínicos; divorciada la Medicina de la Cirugía y los cirujanos sin más cultura que la del más mísero barbero romancista, tanto que el propio Marqués de la Ensenada expone a Fernando VI la necesidad imperiosa de crear cirujanos hábiles «de que hay escasez grande en España»; y reducido todo el saber a meras fórmulas tradicionales e inmovibles, las Universidades empleaban en la enseñanza un sistema mezquino y memorista, sin dar cabida en él a las nuevas doctrinas, corrientes ya en los demás países; todo ello impedía en absoluto alentar la investigación científica y elevar, en consecuencia, el deprimido nivel de la general cultura.

Contra todo esto lucharon con energía muchos de los españoles ilustres de la época: Feijóo, Jovellanos, Olavide, Macanaz, Martín Martínez, Torres Villarroel, y su actuación, unida a la de los médicos extranjeros que vinieron a España con Felipe, *el Animoso*, Michelet, Higgins, Burcet, Legendre, Lafrit, Kelli, Beaumont y otros, estimuló la difusión del espíritu experimental y la consiguiente evolución y desarrollo de las ciencias médicas; los resultados de todo ello empiezan a notarse ya en el reinado de Fernando VI, en el que, merced a las gestiones de Lacombe y de Virgili, de acuerdo con el médico de cámara Purchet, se crea el Colegio de Cirugía de Cádiz, seguido de cerca por el de Barcelona y el de Madrid, con lo que ya no es preciso que el país recurra a cirujanos extranjeros para sus Ejércitos y Armada y para la misma Casa Real, como hasta entonces venía ocurriendo; esto, unido a la reforma de la enseñanzas en las Universidades, comenzada en realidad en la época de Carlos III, motivó la aparición en la última mitad de este siglo de una generación de médicos, en la que se en-

cuentran figuras eminentes que supieron elevar de nuevo a considerable altura el prestigio y la consideración de nuestra Medicina patria.

Entre los médicos que más sobresalieron en este resurgimiento de la Facultad se cuentan: Gaspar Casal, que fué quien primeramente describió la pelagra o mal de la rosa; el ya citado Torres Villarroel, clásico de la literatura castellana; Luzuriaga, Capdevila, Masdevall, Franseri, que escribió sobre la corea; Ignacio de Torres, de quien dicen los autores que descubrió un medio, hoy desconocido, para evitar el ptialismo al administrar el mercurio; Fernández Navarrete, y, en primer plano, al insigne Andrés Piquer, médico erudito y gran filósofo.

Pero con ser todas estas figuras muy notables, lo son más todavía la de los cirujanos: Lacomba, protocirujano de la Armada; Virgili, el creador de los Colegios de Cirugía y verdadero promotor del resurgimiento de esta Facultad, que llamó la atención del mundo por su célebre traqueotomía; Gimbernat, anatómico insigne, descubridor del ligamento que lleva su nombre y que mereció públicas alabanzas del gran Hunter, el cual adoptó su procedimiento para operar la hernia crural; Queraltó, cuyos célebres principios tanto influyeron en el sistema conservador, puramente español, del tratamiento de las heridas por arma de fuego; Rives, profesor del Real Colegio de San Carlos; Gallí, médico de cámara que estudió las fracturas de la rótula; Bonells y Lacaba, que escribieron un tratado de Anatomía que fué texto obligado durante más de cuarenta años; Velasco y Villaverde, cirujanos del Ejército que publicaron un notable tratado de operaciones; Ametller y otros, cuyos trabajos levantaron a la Cirugía regnicola del estado de postración en que se encontraba.

Con estos auspicios comenzó el siglo XIX, en cuyo primer tercio, y por lo que se refiere a las ciencias médicas, sigue apreciándose la gran influencia que sobre todo lo español ejerció la cultura francesa: ideas, reglamentos, corporaciones, todo en la España de aquellos días era afrancesado; pero aun así, y pese a las des-

gracias que afligieron a nuestra pobre Patria, a la guerra de la Independencia, a la brutal reacción fernandina, que prohibió repetidas veces la importación de libros y revistas extranjeras sin previo examen y censura por parte de hombres que consideraban «funesto el vicio de pensar», y a la intromisión de los gobernantes en lo íntimo de las corporaciones y de los Centros de Enseñanza, siguió nuestra Medicina su marcha ascendente, y, en medio de aquel ambiente, tan poco favorable al progreso científico, se realizaron reformas y se adoptaron medidas de beneficiosa transcendencia, tales como la unificación de ambas Facultades, la creación de la Beneficencia domiciliaria, la organización de los estudios de Clínica y de las ciencias aplicadas a la Medicina, la difusión de la vacuna, el mejoramiento general de la policía sanitaria; hechos todos que fueron debidos a los sabios médicos y eminentes cirujanos de la época, «sin miedo a eclipse junto a los más famosos de Europa», como dice nuestro erudito historiador médico Comenge, con la ayuda abnegada de la gran masa de médicos españoles, «la sección anónima, que constituye casi todo el ejército de Esculapio, que viviendo sin garantía y abrumada por las imposiciones de los ediles y las ingratitudes del villorrio, fué, sin duda, entonces (como ahora) el cuerpo más sano, virtuoso e ilustrado de la nación».

Personalidades eminentes de esta época fueron: Balmis, el cirujano castrense, jefe de la expedición española para propagar la vacuna por nuestras colonias de América y Oceanía; Castelló, médico del funesto Fernando VII, que supo usar toda la influencia que sobre éste ejercía en pro de la ciencia y de la profesión; San Germán, notable cirujano, profesor de Cirugía de Barcelona; Llobet y Mas, catedrático de Anatomía de Valencia que llegó a diseccionar dos mil doscientos cadáveres; Mijavila, fundador del periodismo médico en Cataluña; Piguillem, Salvá y Campillo, Samponts, Carbonell y Bravo, Lagasca, Lorente y Asensi, médico eminente y patriota que capitaneó una partida de paisanos, en su mayoría escolares, en la Guerra de la Independencia; García Suelto, humanista, poeta y literato; Montsino, Trujillo, Alix, Bahí, Mosácula, Villalba

Morejón, Palarea, Nieto Samaniego y muchos más que en paz y en guerra supieron mantener gallardamente enhiesto el guión de nuestra Medicina.

Terminada la primera guerra civil, aunque no fué mucha la tranquilidad que, con la paz, reinó en nuestro desdichado país, continuamente agitado por asonadas y pronunciamientos, que forzosamente habían de obstaculizar el desenvolvimiento de las ciencias en general, nuestros médicos, pese a todas las contrariedades, siguieron con entusiasmo laborando por el engrandecimiento de la Medicina y la dignificación de los que la profesaban; cierto que no tuvimos entonces genios; pero en cambio las corrientes científicas renovadoras, venidas del exterior, y el consiguiente mejoramiento gradual de ideas, doctrinas y procedimientos, junto con el desarrollo de la legislación sanitaria, de la enseñanza y de las instituciones profesionales, fueron elevando el nivel cultural de nuestros médicos hasta lograr que a fines del siglo pudiera la Medicina española situarse muy cerca, sino a igual altura, que la alcanzada por la de los países vecinos, que hasta entonces había sido nuestro único guía, ya que a ella nos veíamos forzados a ir a buscar los conocimientos que no podíamos encontrar en nuestro propio país.

Testigos de este florecimiento son los nombres de nuestros ilustres médicos ochocentistas: Seoane, que tanto intervino en la legislación médica y que, caso raro en un médico de entonces, fué elegido por unanimidad miembro honorario de la Real Academia de la Lengua; Batlles y Torres de Amat, Bonifacio Gutiérrez, médico de la Real Cámara; Fabra y Soldevila, Boscasa, Félix Janer, Codornú y Farreras, ilustre Director general del Cuerpo de Sanidad Militar; Mata, fundador de los estudios médico-legales en España; Monláu, el célebre higienista; Fourquet, anatómico ilustre; Letamendi, médico insigne y notable artista, pintor y músico; Argumosa, gran cirujano; Sánchez Toca, Corral y Oña, catedrático de Obstetricia de San Carlos; Cervera, Cortejarena. Velázquez de Castro, Benavente, fundador de nuestra paidopatía:

los historiadores de nuestra Medicina, Morejón y Chinchilla, y más modernamente, Olóriz, Calleja, San Martín, Ribera y Sanz, Rubio y Galí, Cardenal, Benito Hernando, Santero, Sánchez Ocaña, Teijeiro, Velázquez de Castro, Rodríguez Méndez, Hysern, Ulecia, Caletano del Toro, Comenge y tantos más, cuyo recuerdo perdura en la legión de sus discípulos, muchos de ellos, igualmente ilustres, que viven todavía, para mayor gloria de la Medicina española.

Y llega el siglo xx: los nombres de Cajal, que llenó los ámbitos del mundo; de Achúcarro, de Simarro, de Esquerdo, de Llorente, de Tolosa Latour, de Cortezo, de Pulido, de Creus y tantos más, presentes están en la mente de todos; tan reciente es su paso por el mundo, que la Historia no ha podido todavía avalorar con ánimo sereno y recto espíritu de justicia la magnitud y calidad de su obra; es preciso que transcurra el tiempo para que, desposeídos de la pasión que ciega, puedan los hombres apreciar libremente todas sus virtudes y todos sus defectos.

No cabe en los estrechos límites de un artículo de revista hacer más que trazar este ligero esbozo, índice muy incompleto de lo que han sido nuestra Medicina y nuestros médicos; queda, pues, mucho y muy bueno por decir y no poco malo que no se debe callar: aquello para imitarlo y mejorarlo; esto para evitar la reincidencia; precisa, pues, que las actuales generaciones de profesionales piensen algo menos en el egoísta y despiadado positivismo del presente y vuelvan de vez en cuando los ojos a nuestro glorioso pasado, restaurando el humanismo tradicional de nuestros médicos de antaño, si queremos que, inspirándonos precisamente en los hechos prestigiosos de los que fueron, reverdezcan con vigor y lozanía los frondosos laureles de la España Imperial.

